

»tu principio y tu fin?» No me fué menester más para abandonárselo todo, pues estaba segura de que tendría cuidado de proveerme de cuanto había de necesitar.

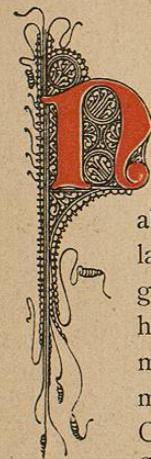


VIII

PRIMEROS HONORES TRIBUTADOS
AL SAGRADO CORAZON.—SUFRIMIENTOS
Y FAVORES



VIII



Yo hallaba todavía medio alguno para dar principio á la devocion al Corazon Sagrado, que era todo mi anhelo; mas he aquí la primera ocasion, que para ello me proporcionó su bondad. Caia en viérnes la fiesta de Santa Margarita, y pedí á mis hermanas novicias, cuya direccion tenia entónces á mi cargo, que todos los obsequios, que tenian intencion de hacerme para honrar mi santo, los hi-

ciesen al Sagrado Corazon de Nuestro Señor Jesucristo. Lo hicieron de buena voluntad elevando un altarcito, sobre el cual colocaron una pequeña imagen del Sagrado Corazon dibujada á pluma en un papel, y la rendimos todos los homenajes que Él mismo nos sugirió. Esto atrajo sobre mí, y sobre ellas tambien, muchas humillaciones y mortificaciones, hasta acusarme de querer introducir una devocion nueva.

Todos estos sufrimientos eran para mí una grande consolacion, y nada temia tanto como el que llegase á ser privado de los honores el divino Corazon. Pues cuantas cosas oia decir sobre esto, eran otras tantas espadas, que atravesaban el mio. Se me prohibió colocar otra vez en público imagen alguna de este Corazon Sagrado, y decian que todo cuanto podia permitírseme, era tributarle algun homenaje en secreto. En mi afliccion no sabia á quién dirigirme sino á Él, que siem-

pre levantaba mi ánimo abatido, diciéndome sin cesar: «Nada temas, yo »reinaré á pesar de mis enemigos, y »de todos los que á ello quisieran oponerse.» Me consolaron mucho estas palabras, porque sólo deseaba verle reinar.

Dejé, pues, en sus manos la defensa de su causa, mientras yo sufría en silencio. Pero se suscitaron tantas persecuciones de diversa índole, que parecia haberse desencadenado contra mí todo el infierno, y que todo conspiraba para anonadarme. Confieso, sin embargo, que jamás habia gozado de mayor tranquilidad interior, ni experimentado tanta alegría, como cuando me amenazaron con la prision, y quisieron hacerme comparecer ante un príncipe de la tierra cual un juguete de burla y una visionaria enloquecida por la imaginacion de sus vanas ilusiones. No lo digo para hacer creer que he sufrido mucho, sino más bien para des-

cubrir la gran misericordia de Dios para conmigo, pues nada estimaba yo, ni queria tanto, como la parte que me regalaba de su cruz, la cual era para mí un manjar tan delicioso, que jamás llegó á cansarme.

Si me hubiera sido permitida la comunión frecuente, habria estado mi corazón satisfecho. Una vez que ardentemente la deseaba, se me puso delante mi divino Maestro cuando iba cargada con las barreduras, y me dijo: «Hija»
»mia, he oido tus gemidos, y los de»
»seos de tu corazón me son tan agra»
»dables, que si no hubiera instituido»
»mi divino Sacramento de amor, le»
»instituiria por amor tuyo para tener»
»el placer de alojarme en tu alma y to»
»mar un reposo de amor en tu cora»
»zon.» Tan vivo ardor penetró todo mi ser al escucharlo, que sentia mi alma completamente enajenada y no podia explicarme, sino con estas palabras: «¡Oh amor! ¡Oh exceso del amor

»de un Dios hacia una tan miserable»
»criatura!» Y durante toda mi vida me ha servido este regalo de aguijón poderoso para excitarme al reconocimiento de amor tan puro.

En otra ocasión, estando en presencia del Santísimo Sacramento el día de su festividad, se presentó repentinamente delante de mí una persona, hecha toda un fuego, cuyos ardores tan vivamente me penetraron, que me parecia abrasarme con ella. El deplorable estado, en que me dió á conocer se hallaba en el Purgatorio, me hizo derramar abundantes lágrimas. Me dijo que era el religioso benedictino, que me habia confesado una vez y me habia mandado recibir la comunión, en premio de lo cual Dios le habia permitido dirigirse á mí para obtener de mí algun alivio en sus penas. Me pidió que ofreciese por él todo cuanto pudiera hacer y sufrir durante tres meses, y habiéndoselo prometido, despues de haber

obtenido para esto el permiso de mi Superiora, me dijo que la causa de sus grandes sufrimientos era ante todo porque habia preferido el interés propio á la gloria divina, por demasiado apego á su reputacion; lo segundo, por la falta de caridad con sus hermanos, y lo tercero, por el exceso del afecto natural que habia tenido á las criaturas, y de las pruebas que de él les habia dado en las conferencias espirituales, lo cual desagradaba mucho al Señor.

Muy difícil me seria el poder explicar cuánto tuve que sufrir en estos tres meses. Porque no me abandonaba un momento, y al lado donde él se hallaba, me parecia verle hecho un fuego y con tan vivos dolores, que me veia obligada á gemir y llorar casi continuamente. Moviada de compasion mi Superiora, me señaló buenas penitencias, sobre todo disciplinas; porque las penas y sufrimientos exteriores, que por caridad me hacian estas sufrir, aliviaban

mucho las otras interiores impuestas por la santidad de amor, como pequeño trasunto de lo que hace sufrir á estas pobres almas. Al fin de los tres meses le vi de bien diferente manera: colmado de gozo y gloria iba á gozar de su eterna dicha, y dándome las gracias, me dijo que me protegeria en la presencia de Dios. Habia caido enferma, pero, cesando con el suyo mi sufrimiento, sané al punto.

Me dió á entender mi Soberano que, cuando quisiera abandonar una de esas almas, por las cuales deseaba que yo sufriese, me haria experimentar el estado de un alma réproba, dándome á sentir la desolacion en que se encuentra á la hora de la muerte. Jamás he experimentado cosa más terrible, ni tengo términos para poderlo explicar. Un dia, estando sola en el trabajo, fué puesta ante mis ojos una religiosa, que áun vivia entónces, y se me dijo de una manera inteligible: «Mira, he ahí esta re-

»ligiosa solamente de nombre, á la cual
 »estoy dispuesto á lanzar de mi cora-
 »zon y abandonarla á sí misma.» Al
 instante me sentí presa de tan gran
 terror, que postrándome con el rostro
 en el suelo, permanecí largo tiempo de
 este modo sin poder volver en mí, y
 me ofrecí al mismo tiempo á la divina
 Justicia para sufrir, cuanto fuere de su
 agrado, á fin de que no la abandonase.

Me pareció entónces haberse torna-
 do contra mí su justa cólera,* y me hallé
 en espantosa agonía y desolacion com-
 pleta, pues sentía sobre mis espaldas
 un peso abrumador. Si queria alzar los
 ojos, veía á un Dios irritado conmigo y
 dispuesto á caer sobre mí armado de
 varas y azotes; por otra parte me pa-
 recia ver el infierno abierto para devo-
 rarme; en mi interior todo estaba re-
 vuelto y en desórden; mi enemigo me
 asediaba por todos lados con tentacio-
 nes violentas, especialmente de deses-
 peracion; y yo huia en todos sentidos

de ese Dios irritado, que me perseguia,
 pues no hay género de tormento, al
 cual no me hubiera entregado para li-
 brarme de él, y no me podia ocultar á
 sus miradas. Sufria una confusion es-
 pantosa creyendo que eran conocidas
 de todo el mundo mis penas. No podia
 orar, ni desahogarme sino llorando.
 Decia solamente: «¡Ah! cuán terrible
 »es caer en las manos de un Dios vivo.»
 Y otras veces arrojándome con el ros-
 tro en la tierra exclamaba: «Herid,
 »Dios mio, cortad, quemad, consumid
 »cuanto os desagrada, y no perdoneis
 »ni mi cuerpo, ni mi vida, ni mi carne,
 »ni mi sangre, con tal que salveis eter-
 »namente esta alma.»

Confieso que no hubiera podido du-
 rar mucho tiempo en tan doloroso es-
 tado, si no me hubiera sostenido su
 amorosa misericordia bajo los rigores
 de su justicia. Así es que caí enferma,
 y me costó mucho el restablecerme.
 Con frecuencia me ha hecho mi Sobe-

rano soportar estas dolorosas disposiciones, en medio de las cuales me mostró una vez los castigos, que quería ejecutar en algunas almas, y me arrojé á sus sagrados pies diciéndole: «¡Oh »Salvador mio! descargad sobre mí »toda vuestra indignacion, y borradme »del libro de la vida ántes que perder »esas almas, que tan caro os han costado.» Y me respondió: «Pero no te »aman y no cesarán de afligirte.—No »importa, Dios mio: con tal que os »amen, no quiero cesar de suplicaros »que las perdoneis.»—«Déjame obrar; »ya no puedo sufrirlas.» Y abrazándole más estrechamente aún: «No, Señor »mio, no os dejaré hasta que las hayais »perdonado.» Y El me decia: «Yo accedo gustoso, si tú quieres responder »por ellas.»—«Sí, Dios mio; pero nunca os pagaré, sino con vuestros propios bienes, que son los tesoros de »vuestro Sagrado Corazon.» Con esto se dió por satisfecho.

Y otra vez, estando en la labor comun de escardar lana, me retiré á un pequeño patio, próximo al tabernáculo del Santísimo Sacramento, donde trabajando arrodillada me sentí al instante recogida por completo interior y exteriormente, y se me representó al mismo tiempo el amable Corazon de mi adorable Jesus más brillante que el sol. Estaba en medio de las llamas de su amor puro, rodeado de Serafines que cantaban con admirable concierto:

«El amor triunfa;
Goza el amor;
Placer derrama
Su Corazon.»

Me invitaron estos bienaventurados espíritus á unirme con ellos en los loores del divino Corazon, y no me atrevía; pero de nuevo me instaron diciéndome: «Que habian venido á asociarse »á mí con objeto de tributarle un homenaje continuo de amor, de adoracion »y de alabanza; y á este fin harian mis »veces delante del Santísimo Sacra-

»mento, para que yo pudiese, por su
 »medio, amarle sin interrupcion, y ellos
 »á su vez participar de mi amor, su-
 »friendo en mi persona como yo goza-
 »ría en la suya.» Escribieron al mismo
 tiempo esta asociacion en el Corazon
 Sagrado con letras de oro y con los
 caracteres indelebles del amor. Duró
 esto de dos á tres horas; pero he sen-
 tido sus efectos durante toda mi vida,
 ya por los socorros recibidos, ya por
 las dulzuras, que habia producido y
 producía en mí, dejándome toda llena
 de confusion. Al dirigirles mis plega-
 rias, no les daba otro nombre que el
 de mis divinos asociados. Me inspiró
 esta gracia tal deseo de la pureza de
 intencion, y me hizo concebir una idea
 tan alta de la que se debe tener para
 conversar con Dios, que todas las de-
 más me parecen impuras para este
 objeto.

Otro día, estaba una de nuestras
 hermanas sumida en un sueño letárgi-

co, y se habia perdido la esperanza de
 poderla administrar los últimos sacra-
 mentos. Tenía esto en grandísima cons-
 ternacion á la Comunidad, especial-
 mente á nuestra Madre, y esta me or-
 denó prometer á Nuestro Señor para
 conseguirlo, todo cuanto le pluguiera
 darme á conocer que deseaba. No ha-
 bia terminado aún el cumplimiento de
 esta obediencia, y ya el Soberano de
 mi alma me prometió que esta herma-
 na no moriría sin recibir los auxilios
 que con razon deseábamos, si le pro-
 metía tres cosas, las cuales queria ab-
 solutamente de mí: la primera, no re-
 chazar cargo alguno en la religion; la
 segunda, no rehusar ir al locutorio, y la
 tercera, no negarme á escribir. A se-
 mejante peticion confieso que se extre-
 meció todo mi ser por la grande re-
 pugnancia y aversion que para esto
 sentia. Respondí: «¡Oh Señor mio! bien
 »me atacais por mi flaco; pero pediré
 »permiso.» Me le concedió al momen-

to mi Superiora, no obstante la pena que pudiera traslucirse en mí, y me hizo prometerlo en forma de voto para que no pudiera desdecirme jamás. Mas ¡ay de mí! ¡Cuántas infidelidades no he cometido, pues no por eso me quitó la repugnancia, que en ello sentía, la cual me ha durado toda la vida! Pero la hermana recibió los Sacramentos.

Para dar á conocer hasta dónde llegaba mi infidelidad en medio de todos estos favores tan grandes, diré que un día, sintiendo un deseo ardiente de recogerme para hacer ejercicios y de prepararme á ellos algunos días ántes, quise por segunda vez grabar el santo nombre de Jesus en mi corazón. Pero lo hice de modo, que abrí en él varias llagas. Habiéndoselo dicho á mi Superiora la víspera del día, en que debía retirarme á la soledad, me respondió que quería mandar ponerme algun remedio, por temor de que no degenerase en algun mal peligroso. Esto me

hizo quejarme á Nuestro Señor: «¡Oh mi único amor! ¿Permitireis que otros vean el mal, que me he hecho por amor vuestro? ¿No sois bastante poderoso para curarme, Vos que sois el soberano remedio de todos los males?» En fin, movido por mi sentimiento de darlo á conocer, me prometió que al día siguiente estaria curada, y en efecto lo hizo como me lo habia prometido, pero no habiendo podido decírselo á nuestra Madre por no haberla encontrado, me envió esta una esquelita, en la cual me decia que enseñase mi mal á la hermana, que me la daba, y esta le aplicaria el remedio.

Como estaba curada, creí hallarme dispensada de cumplir tal obediencia hasta habérselo dicho á nuestra Madre. Fuí con este objeto á buscarla, y le dije que no habia hecho lo ordenado en la esquila por estar ya curada. ¡Dios mio, con qué severidad me trataron por esta falta de prontitud en la

obediencia, tanto ella como mi Soberano Maestro! Este me relegó á estar bajo sus sagrados pies, donde permanecí cinco dias próximamente, no haciendo sino llorar mi desobediencia, pidiéndole perdon con penitencias continuas. Y en cuanto á mi Superiora, me trató sin remision en esta entrevista, como Nuestro Señor se lo inspiraba, pues me hizo perder la sagrada Comunión, lo cual era el suplicio más cruel que pudiera sufrir en la vida; hubiera preferido mil veces que se me hubiese condenado á muerte. Además, me obligó á mostrar mi mal á la hermana. Esta, hallándole curado, nada quiso hacer; pero yo recibí en ello suma confusión.

Para mí todo esto era nada, pues no hay género de suplicio que no hubiese querido sufrir por el dolor que tenia de haber desagradado á mi Soberano. En fin, despues de haberme hecho conocer cuánto le desagrada la falta más pe-

queña de obediencia en un alma religiosa, y sufrir la pena correspondiente, vino Él mismo en los últimos dias de mi retiro á enjugar mis lágrimas y devolver á mi alma la vida. Pero por más dulzuras y caricias con que me regaló, no terminó por eso mi pena: tenia bastante con pensar que le habia desagradado para deshacerme en lágrimas. Pues con tal viveza me hizo comprender lo que era la obediencia en un alma religiosa, que confieso no haberlo aún hasta entónces comprendido. Y me dijo que en castigo de mi falta el sagrado Nombre, cuya inscripcion tanto me habia costado en memoria de sus sufrimientos al tomar el santo nombre de Jesus, no seria ya visible, como ni tampoco los precedentes, los cuales aparecian ántes muy bien marcados de diferentes maneras. Puedo decir que hice un retiro de dolor.

Eran tan continuas mis enfermedades, que no se pasaban cuatro dias se-

guidos sin estar enferma. Una vez, estaba muy mal y casi no se me entendía lo que hablaba; vino á verme nuestra Madre á la mañana y me entregó un billete, ordenándome se hiciera su contenido, á saber: que tenia necesidad de asegurarse de si procedia del Espíritu de Dios todo cuanto por mí pasaba, y si era así, me diera el Señor perfecta salud durante cinco meses sin tener necesidad de alivio alguno en todo ese tiempo. Pero que si venia, por el contrario, del espíritu del demonio ó de mi naturaleza, permaneciera siempre en el mismo estado. No se puede explicar lo que me hizo sufrir este billete, tanto más, cuanto que me habia sido manifestado su contenido ántes de leerlo.

Me hicieron salir de la enfermería con palabras tales como Nuestro Señor se las inspiraba para hacerlas más sensibles y mortificativas á la naturaleza. Presenté el billete á mi Soberano, el cual no ignoraba su contenido, y me

respondió: «Te aseguro, hija mia, que »para prueba del buen Espíritu, que te »guía, hubiera concedido á tu Superiora tantos años de tu salud como meses »me ha pedido, y ademas todas cuantas seguridades hubiera querido pedirme.» Y en el instante de la elevacion del Santísimo Sacramento, sentí, pero de un modo muy perceptible, que me quitaron todas mis enfermedades, como si se me despojara de un hábito, el cual quedase, por otra parte, suspendido. Y me encontré con la fuerza y salud de una persona muy robusta, que por largo tiempo no hubiera estado enferma. Pasé así el tiempo deseado, despues del cual se me volvió al estado precedente.

